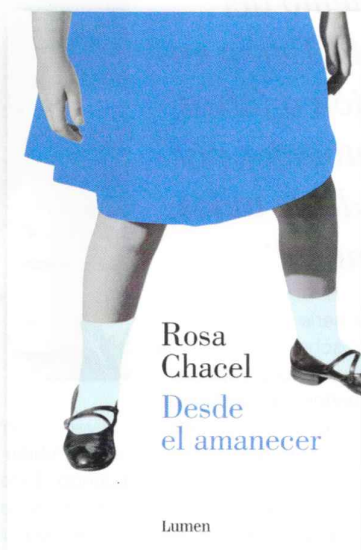
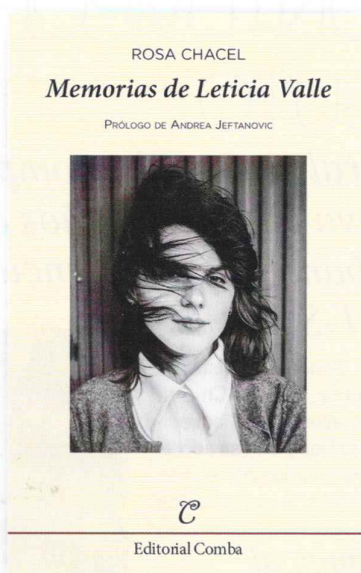



DE VUELTA CON CHACEL

VICENTE ARAGUAS

Nos quedaremos sin saber qué habría sido de Rosa Chacel, en la Historia de la Literatura Española, de no haberse visto abocada al exilio (nos quedaremos sin saber, y aquí sí que no hay vuelta, qué habría sido de España si la República gana la guerra). Porque Chacel, afortunadamente, exige, pide, una segunda vuelta. Con libros como *Memorias de Leticia Valle* (Comba), tan impoluta su capacidad de fascinación. Y es que pocos libros como este tan sutiles, tan sutilmente perversos, para explicarnos la capacidad de seducción de una muchachita, en trance de ingresar en la pubertad, huérfana de madre, con padre, militar de alta graduación herido en Marruecos, en manos de dos mentores, Doña Luisa y Don Daniel (*alter ego*, dizque de Ortega Gasset, tan decisivo en la vida de Chacel como lo fuera María Zambrano, otra inmensa). Lo que ocurra entre Leticia y Don Daniel casi no lo vemos, esto no es *Lolita*, aunque tengan puntos en común, siquiera sea en la capacidad abrasiva de ambas. No lo vemos, pero lo intuimos e –incluso– lo oímos. Aunque la detonación final no sea sino una pompa rebotando en las paredes, y Leticia casi que camino ya de Suiza adonde la llevarán para evitarle dramas posteriores. Donde surgirá la reflexión de la maga (nada de “la bruja cruzada de Mary Poppins”, pintada por Umbral, quien a cambio recibió la definición de “cretino, verdaderamente imbécil”) Chacel, trasmutada en una jovencueta muy, pero que muy



moderadamente perpleja. De manera que su voz suena a todo menos a impostación. Estamos (seguimos estando, este libro merece ser un clásico) ante una novela redonda, publicada por primera vez en 1945, fuera de España, aunque aquí la impericia censora ante la delicadeza hubiera sido –tal vez– notoria, ¿acaso no dejó pasar *El camino* delibesiano, otra novela de iniciación, con suicidios y muñones? Novelistas vallisoletanos ambos, Delibes y Chacel, especialistas ambos, entre otras cosas en niños, esos seres “secretos” como dejó dicho José María Guelbenzu en alguna de sus novelas. Y de secretos, que deberá desvelar (o cuando menos intuir) la sagacidad lectora. A cargo de Rosa Chacel la capacidad extrema de construir, como con hilo casi invisible, de tela de araña (la misma con que Leticia envolverá a los adultos, sobre todo a Don Daniel), esta novela genial que debe figurar, con y por derecho en nuestros manuales. Interesantísimo el prólogo de esta edición de Andrea Jeftanovic. Toda

unas premisas “deshumanizadas” alzó un catafalco a la mocedad que derriba en su ascensión los fundamentos. Y pues la niñez, también la propia (y se ha discutido mucho sobre cuánto hay de ella en “Leticia Valle”) dio mucho juego a Rosa Chacel viene muy a cuento la reedición de *Desde el amanecer* (Lumen; primera edición, 1972), libro en el que la vallisoletana pasa por el matiz de la madurez sus primeros años. *Memorias de infancia* que, si a cualquiera que supiese escribir le darían para mucho, en el caso de esta orfebre de la escritura, para muchísimo. Y es que Chacel, con estilo demorado pero enérgico, que tampoco le hace ascas a los casticismos cuando se trata de la expresión naturalista, narra sus diez primeros años, de 1898 a 1908. Pero no –hablamos de una autora que aún estilo con concepto– de modo lineal, sino a partir de la reflexión reposada, donde la Belleza se nutre de la búsqueda de bellezas. Aunque sea en el edificio, hoy de la SGAE, en Fernando VI, de tan falsa atribución que cuando la niña Rosa pregunta qué es, la abuela le responde que “la casa de Gaudí”. Unas memorias ciertamente ejemplares. A tono con la novela, igualmente vuelta a editar, *Barrio de Maravillas* (Lumen; primera salida, 1976). Tal vez el gran éxito de ventas de Chacel, al menos en su aparición en aquel año de temores y esperanzas, y regresos (Rosa no lo haría hasta 1977). *Maravillas*, nombre delicioso, hoy se conoce por el menos eufónico nombre de Malasaña, y otras son las historias que en su retícula se han venido cocinando Bien ajenas al mundo, por cierto que intemporal, retratado por Rosa Chacel, a través de los lentes de aumento de dos niñas, una, ella misma sin duda. Quien en su novela pinta un universo ya inexistente, de oficios y actitudes, a las que esa voluntad distanciadora de la antigua discípula de Ortega y Gasset recrea y alza hacia un espacio temporal. Una trilogía mágica, a fuer de realismo puro, esta que que nos devuelve a Rosa Chacel en plenitud. 

‘Memorias de Leticia Valle’, que nos llega con interesantísimo prólogo de Andrea Jeftanovic, debe figurar con y por derecho en nuestros manuales

una declaración, brillante, de principios a favor de quien a partir de